

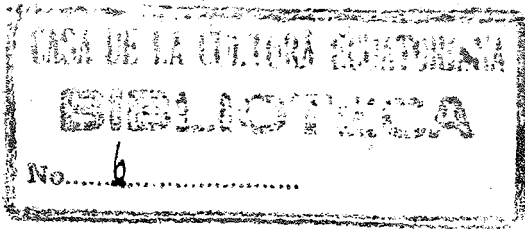
ALFREDO VERA

*Mito
y Destino de
Galápagos*

GUAYAQUIL - ECUADOR

1941

IMP. DE PORTUGAL 24199



Este trabajo, que hoy entrego impreso a la consideración de los ciudadanos del Ecuador, es una conferencia que pronuncié por radio el 17 de setiembre de 1940, desde los micrófonos de Ecuador Radio, a solicitud de los directores del programa cultural denominado "Tribuna Libre".

Mis palabras despertaron diversos comentarios entre las pocas personas que por curiosidad o por casualidad me escucharon. Recibí aplausos —algunos muy honrosos aunque extraños y sorprendentes— y supe que se me había hecho, por otro lado, críticas verbales desfavorables. Bondadosos amigos me insinuaron la conveniencia de publicar esta conferencia para que, por lo menos, se abriera la discusión sobre un problema que es de indiscutible interés para nuestro país, y que es también un problema de América. Fracasó la única gestión que yo hice, porque el Director del diario al que le ofrecí la publicación manifestó que le ocuparía muchas columnas.

Posteriormente requerimientos e insinuaciones de personas interesadas en que se discutan estos problemas y la extraordinaria actualidad que el asunto de Galápagos cobra en estos días, me han hecho pensar que valía la pena hacer el sacrificio de editar este folleto.

Guayaquil, febrero de 1941.

ALFREDO VERA.

Cualquier opinión o comentario sobre esta publicación agradecería el autor que le sean remitidos a su nombre, a la ciudad de Guayaquil.

MITO Y DESTINO DE GALAPAGOS

FABULOSA RIQUEZA ABANDONADA

Adquiere en estos días una gran importancia, la cuestión de si el Ecuador debe conservar intacto, arrendar o vender el Archipiélago que Villamil nos regalara, sin imaginarse acaso que no sabríamos en 108 años aprovecharnos de tan valioso legado.

Posiblemente no se exagera si se supone que sólo uno de cada diez mil ecuatorianos, ha tenido la suerte de conocer de cerca esas islas misteriosas, tierras de encantamiento y de leyenda, guarida de bucaneros y piratas, albergue de quelonios gigantescos y otras raras especies animales, teatro de crímenes macabros, refugio paradisíaco de exóticos despechados de una civilización en decadencia, laboratorio natural de justa fama científica desde que Darwin inmortalizó su nombre vislumbrando allí las leyes fundamentales de su trascendental teoría de la transformación de las especies y de la evolución natural que tanta importancia ha tenido para el desarrollo del pensamiento humano.

A pesar de la distancia relativamente corta —500 y pico de millas— que lo separan de la tierra continental, poco sabemos los ecuatorianos, por nuestros propios ojos, del Archipiélago que está considerado como una de las llaves que guardan el Canal de Panamá.

Ha sido siempre tan aventurada la navegación en primitivos e inseguros barquichuelos, que pocos quisieron arriesgarse a emprender el peligroso viaje; dos jóvenes estudiantes universitarios —Falconí Villagómez y Avilés Robinsón— perdieron la vida en su frustrado empeño de satisfacer la noble curiosidad que los llevaba hacia el Océano.

Si no tuvimos nunca barcos adecuados ni para una mínima vigilancia de los intereses nacionales, menos para establecer un servicio de transporte regular y mucho menos para crear una corriente de turismo y de colonización que nos permitiera fácilmente dar fé de todas las bondades y de todos los inconvenientes que dicen que tiene el Archipiélago.

El sabio Teodoro Wolf y otros hombres de ciencia estudiaron geológicamente las islas y señalaron su naturaleza volcánica. Galápagos no es más que una serie de cráteres, o si se quiere, un solo e inmenso cráter. Terrenos que en el curso de largo tiempo y por la acción persistente de la humedad, se van haciendo poco a poco aptos para la labor agrícola. Unas cuantas islas tienen agua dulce y, por lo mismo, sólo éstas son propicias para la vida humana. Clima saludable, saturado de las brisas purificadas del Océano; clima variado que permite obtener productos de casi todas las zonas de cultivo. Fauna exótica y abundante, y enormes cantidades de animales domésticos abandonados al estado salvaje que habrían sido de gran utilidad para hombres inteligentes y previsivos que hubiesen radicado allí. Pero, en definitiva, escasas tierras cultivables que sólo permitirían el establecimiento de una población de densidad muy reducida. Darwin había dicho: "creo que sería difícil encontrar en otra parte del mundo islas situadas sobre el trópico, más estériles e impropias para la conservación de la vida". Y son las islas tan inaccesibles por la dificultad de las comunicaciones, que hasta hoy no ha podido radicarse una población sedentaria que llegue siquiera al millar.

Ni el Edén ni Jauja, aunque allí los pájaros bajaban a comer en la mano del hombre, seguramente porque no tenían experiencias de que éste fuese su enemigo.

Es posible que haya valiosos yacimientos minerales escondidos y no descubiertos. Lo que sabemos positivamente que existe es una inmensa riqueza pesquera. Grandes bajos donde abunda preciosa pesca, que barcos del Japón y California vienen a saquearnos sin pagar ningún impuesto o pagando ridículas sumas que se esfuman por los débiles vericuetos del mecanismo estatal. Según información autorizada, en 1932 el pescado de Galápagos cubría el 65% de la producción de conservas pesqueras de California; y en 1933 y 34, según el informe del Ministro de Guerra y Marina al Congreso de 1935, nuestros bancos de pesca proporcionaron el 100% del atún envasado. Del 32 al 33, los industriales del atún en conser-

va, en el puerto de San Pedro, en California. hicieron una utilidad de 37 millones de dólares, solamente con el atún llevado de Galápagos.

La verdad es que esta riqueza la hemos tenido siempre abandonada. Nunca fuimos capaces de utilizarla racionalmente. Se cazaba a tiros las reses bravías para utilizar solamente los cueros. Una vez al mes, en el mejor de los casos, iba algún barco de Guayaquil al Archipiélago. Durante años los barcos pesqueros de Estados Unidos y Japón verificaron su rapiña sin que nadie les dijese una palabra. No hemos sido capaces de realizar el más mínimo esfuerzo fecundo para colonizar las islas e incorporarlas a la vida nacional. En 1935 se nombró pomposamente una "Corporación Científica nacional para el estudio y protección de las riquezas naturales del Archipiélago de Colón". Sería de preguntar a cada una de esas eminencias que la constituían, qué hicieron para cumplir su cometido; y nadie podría responder con un solo hecho digno de recordación.

Todo esto no daría a las Galápagos mayor importancia nacional que la que puede tener cualquier otra porción del territorio, en el Oriente o aún entre las breñas de las dos cordilleras andinas, y que puede contener tantas o más riquezas escondidas e inexploradas, o robadas por extranjeros inescrupulosos.

IMPORTANCIA ESTRATEGICA PARA LA GUERRA EN AMERICA

De donde nace la enorme importancia que el Archipiélago tiene para el Ecuador y para América, es de su excepcional posición geográfica, como base para el aprovisionamiento de flotas navales y aéreas, como punto estratégico vital para la defensa o el ataque al continente americano.

La potencia que dominare en Galápagos dominaría no sólo el Canal de Panamá sino todo el istmo centro americano, la costa septentrional de Sud América hasta el Perú, y quizá las islas de Malasia y Australia.

Afirma el Coronel Olmedo Alfaro que en el ángulo que forma la bahía de Isabel "cabén unidas las flotas de batalla de cualquier gran nación y sobra espacio para otras más".

Y desde este punto de vista, la suerte de Galápagos no es cuestión del futuro más o menos inmediato. Es un problema cuya solución se plantea ya, en este mismo instante en que en Europa se libra tremenda lucha a muerte entre Alemania e Inglaterra, y en que Estados Unidos no se mide en gastos y sacrificios para acelerar su armamentismo y para tomar todas las precauciones que hagan invulnerable su defensa.

Estados Unidos ha llegado a comprender que cualquiera que sea el final de esta guerra, más tarde o más temprano, se verá envuelto en un conflicto bélico de incalculables consecuencias. Si Alemania ganare la guerra no debe cabernos la menor duda de que aplastado y destruido el imperio inglés, las huestes hitlerianas dirigirán sus pasos hacia el mundo de Colón, en una acción coordinada con el imperialismo nipón, tradicional enemigo de la potencia norteamericana. Y si Alemania pierde, tarde que temprano, por el destino mismo y por las contradicciones insalvables del mundo imperialista en comoción y en agonía, un nuevo conflicto estallará en el Pacífico, en el cual los principales protagonistas serían también necesariamente Estados Unidos y Japón.

Los países indoamericanos son una presa codiciada para cualquier imperialismo. Sus vastas riquezas naturales, sus inmensos territorios vírgenes, sus prodigiosas fuentes de materias primas y sus enormes mercados que consumen toneladas y toneladas de productos industriales de ultramar, despiertan la voracidad de los grandes tiburones del capital financiero. No es necesario ser adivino para predecir que una guerra tendrá lugar por la posesión, por el dominio económico y político, de los países comprendidos entre México y la Argentina.

Y para entonces nuestro Archipiélago de Galápagos va a jugar un papel muy importante.

DOMINACION IMPERIALISTA Y XENOFOBIA

Quien conozca un poco de economía americana no puede negar la tutela imperialista que Estados Unidos ejerce sobre los países indoamericanos. El capital yanqui está invertido en numerosas empresas, la mayor parte de industrias extractivas, que explotan las riquezas naturales, que explotan la mano de obra baratísima de los obreros nativos, y cuyos beneficios van a engrosar los millones de los potentados de Wall Street, dejando apenas para nuestros Estados, miserables pil-

trafas en concepto de impuestos o participación de utilidades. Ejemplos: nuestras minas de oro de Portovelo en poder de la South American Development Co. y las numerosas haciendas del Litoral que pertenecen a la Compañía Bananera del Ecuador.

Nuestro atraso mismo nos obliga a venderle los mejores productos del suelo y a comprarle la mayor parte de los artículos que necesitamos para la vida semicivilizada que llevamos: desde automóviles y aviones hasta harinas y mantecas.

El imperialismo es una forma económica de lo más nociva para los países atrasados que la sufren. Deforma su economía, impone el monocultivo, impide el progreso normal del país. Con su oro corruptor el imperialismo paga los mejores agentes y abogados defensores, soborna gobernantes y autoridades y compra aplausos periodísticos y hasta subrepticias simpatías populares.

Por eso todo hombre patriota de verdad está obligado a ser antimperialista. Pero antimperialismo no es xenofobia.

No debemos estar contra el extranjero inmigrante —con o sin capital— de cualquier nacionalidad que sea, que radica y vive aquí, que incrementa nuestra escasa población, que aquí levanta su hogar y aquí invierte sus ganancias.

Tenemos que estar contra el imperialismo por los perjuicios que nos irroga. Estamos contra los capitalistas extranjeros —imperialistas— que mandan un poco de su dinero sobranante y que, desde un escritorio de Nueva York o Londres, explotan nuestras riquezas y nuestros hombres y se llevan todas sus ganancias para incrementar los millones que agigantan y llevan a la ruina el engranaje del capital financiero.

LA RIVALIDAD ANGLO —YANQUI SE DESPLAZA

Durante largos años, una intensa lucha, sorda a veces, escandalosa en ocasiones, se ha desarrollado alrededor de estas granjeras, entre Inglaterra y Estados Unidos, disputándose las mismas presas que codician Alemania y Japón. La guerra en Europa ha cambiado sustancialmente el plano de la lucha interimperialista que hasta hace poco se desarrollaba sobre la América India. Estados Unidos ha incrementado su dominio continental, ganando en un año sin batalla lo que Inglaterra jamás le habría cedido sin pelear. Y así hemos visto, no

con mucha sorpresa, algo que en otros tiempos hubiera sido difícil de creerlo: que Inglaterra ha cedido voluntariamente, o mejor dicho, sin mucha voluntad, pero obligada por las circunstancias, sus posiciones coloniales insulares en América, a cambio de unas cuantas docenas de barcos usados que han de servirle, sin embargo, para tratar de detener la temida blitzkrieg nacistá.

Por el botín americano, por el dominio económico y político de nuestro Continente, por el dominio del mundo entero, Estados Unidos se verá inevitablemente envuelto en una guerra. Y para defenderse o para triunfar en esa guerra, para poner a salvo el Canal de Panamá, que, después de todo, es una arteria vital del Continente, Estados Unidos necesita de bases aéreas y navales en las islas de Galápagos.

EL ARRENDAMIENTO DE GALAPAGOS

No es de ahora la idea o la intención de que se arriende o se venda las Galápagos. Desde hace ya algunos años, los hombres dirigentes, los poderes públicos y la prensa de Estados Unidos se han ocupado de este asunto. Pero durante mucho tiempo, la política yanqui se orientaba hacia el menosprecio y el descrédito de nuestro Archipiélago, seguramente con el deliberado propósito de obtener la concesión en un momento dado, en las más baratas condiciones.

Cuando alguien insinuó el precio de venta de 35 millones de dólares, hubo periódico yanqui que estimara esta suma —inferior a la utilidad que dió el atún en dos años consecutivos— como exorbitante e inaceptable.

Pero las cosas han cambiado con la guerra, y en menos tiempo de lo que hubiera podido imaginarse el político más previsor.

Inglaterra misma fue cogida de sorpresa. Confió demasiado en la habilidad apaciguadora y en el equilibrismo cobarde de Chamberlain. Estados Unidos creyó también que, ahora como en la guerra pasada, podría, al final de la contienda, mandar al matadero unos cuantos miles de hombres para participar en el festín de la victoria. Pero la suerte de las armas va resultando hoy adversa para los triunfadores y los aliados de ayer. Y la voracidad nacistá, la ambición mussoliniana y la agresividad taimada de los nipones son algo más que una amenaza potencial para América; son ya un peligro efectivo,

y Estados Unidos se muestra desesperado por ganar el retraso. Las quintas columnas actúan impunemente, inclusive en nuestro país, ante la boba confianza de quienes piensan que América nada tiene ni tendrá que ver con otros continentes, o ante la complicidad criminal de quienes miran con simpatía la expansión del morbo fascista.

Ha cambiado profundamente con la guerra el panorama de las relaciones y de los peligros internacionales, pero desde mucho antes de la guerra había cambiado también ya la conducta del Estado yanqui con los otros países del Continente. Ya no era posible seguir tratando a los indoamericanos con la punta de las bayonetas ni seguir hablándoles con la boca de los fusiles. Poseionados de nuestras riquezas, presionados por la competencia alemana, los yanquis necesitaron hacernos olvidar las funestas consecuencias de la diplomacia del dólar y ganarse las simpatías y obtener la cooperación de los Estados indoamericanos.

Nadie puede negar que hay una gran distancia en los procedimientos desde el primer Roosevelt hasta el actual. La delicadeza panamericanista del actual presidente yanqui no admite comparación con el panamericanismo de Taft o de Hoover. No nos engañemos con los cantos de sirena de la nueva política internacional del buen vecino que ha inventado Mr. Franklin D. Roosevelt; esta política responde a las necesidades del sector más racional y más inteligente del capitalismo yanqui. No es que el señor Roosevelt ha dejado de ser en el fondo un representante de la plutocracia yanqui. Es que para defender mejor sus intereses, para hacer más tolerable su dominación, para aplazar la provocación de cualquier conflicto que turbaría la estabilidad internacional del Continente, el gobierno yanqui necesitaba cambiar de procedimientos y cambiar de táctica. Es también que debajo o al lado de los intereses plutocráticos de un país, están los intereses nacionales de ese mismo país, y que si a veces andan juntos, muchas veces también entran en oposición. Hay momentos en que los intereses de la nación norteamericana representados ante todo por sus clases democráticas, dejan sentir su influencia en los altos círculos gubernamentales, y ellos no coinciden con los deseos de los Morgan, los Ford y los Dupont.

Así, mientras con una mano extendida amistosamente, la Casa Blanca nos ofrece ayuda financiera y nos invita a la solidaridad internacional, con la otra sostiene sus intereses económicos y de dominación imperialista y hasta apoya, como

en el reciente caso de México, a las bandas reaccionarias y antipopulares que favorecerían la política de esclavización de los países del Sur.

Acaba de pasar en el Congreso yanqui, venciendo tenaz resistencia de los sectores más reaccionarios de la política norteamericana, resoluciones que aumentan el capital disponible del Import & Export Bank, con el fin no encubierto de dar ayuda financiera más o menos amplia a los países sudamericanos, a los que es necesario arrebatár de la influencia alemana y de las facilidades crediticias que estaría listo a ofrecer el régimen hitleriano en el momento en que pudiera reanudar su vida internacional y sus comunicaciones con el Continente americano.

¿Debería el Ecuador aprovechar de esta oportunidad favorable para obtener una inyección económica que sirva para aliviar algunos de los problemas más urgentes? No puede ser timbre de orgullo para un país pobre como éste el no deber casi nada en el exterior. Nadie presta a quien nada tiene ni nada vale. El que debe y goza de crédito es porque algo vale. Un fuerte préstamo de los yanquis, sin comprometer nuestra soberanía, sin enajenar fuentes de riqueza de inmediato aprovechamiento, podría resultarnos conveniente. No se debe tener miedo de endeudarse cuando el crédito se lo ha de invertir en forma inteligente y provechosa. Todos los países, inclusive la Unión Soviética, han usado del crédito externo para su desarrollo. El peligro está en que los empréstitos externos, en países débiles y desorganizados como el Ecuador, han servido casi siempre para que gobiernos inescrupulosos y reaccionarios, enriquezcan escandalosamente a sus paniaguados, refuerzan el aparato de opresión sobre las masas populares y malbaratan las riquezas nacionales a los desalmados prestamistas extranjeros.

Acaso se nos pidiera en garantía algunas islas del Archipiélago de Galápagos. Y es necesario que el pueblo ecuatoriano tenga una noción exacta de lo que más le conviene resolver en ese caso.

La prensa norteamericana y la del Ecuador han publicado últimamente noticias esporádicas acerca del interés que en estos momentos existe en Estados Unidos por poseer bases en las Galápagos. Se ha dicho que hay ya conversaciones entabladas. ¿Qué hay de verdad a este respecto? Nada cierto se sabe. Costumbre es de nuestros gobiernos guardar sus intenciones bajo siete llaves y resolver los grandes problemas de la

nacionalidad a espaldas de las masas populares. Este es un asunto que compromete el porvenir de la Patria, y, por lo mismo debe resolverse a la luz del día y descorriendo las cortinas.

LA DISYUNTIVA FATAL

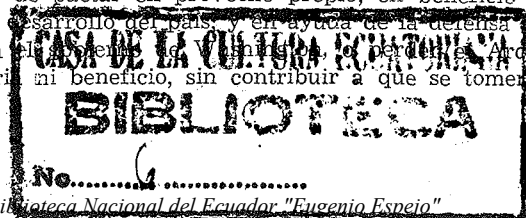
Hace poco una ilustrada dama ecuatoriana que actualmente se encuentra fuera del país, publicó en un diario de Guayaquil un importante artículo en que, haciéndose eco de un comentario del New York Times, preconiza la conveniencia y la necesidad de que el Ecuador entregue su Archipiélago a Estados Unidos para la defensa continental.

Se engañaba inocentemente esta respetable señora acerca de los verdaderos designios del gobierno yanqui y acerca del real significado de la política panamericana. No podemos ni debemos, en nombre del panamericanismo y a pretexto de la defensa continental, ceder nuestro Archipiélago sin más ni más. Por eso difiero de sus puntos de vista generales. Mas, en lo esencial de este asunto particular, vemos a coincidir.

✓ Si los yanquis necesitan las Galápagos, podríamos cederles una o varias posiciones en esas islas para que levanten sus bases militares, pero que las paguen a buen precio. El Ecuador podría buscar una fórmula para esta negociación, a cambio de una buena millonada de dólares, pero conservando ante todo su soberanía, su jurisdicción civil y militar y sus derechos inalienables sobre todo el Archipiélago. Impedir que el cesionario o arrendatario se convierta en dueño o en amo y explotador. Que nos demuestre su "buena voluntad" y su espíritu de cooperación continental.

✓ Quizás sorprenda a alguien esta opinión pronunciada por un hombre que ha ocupado siempre una franca posición de izquierda, y, por lo mismo, antimperialista. Pero a nuevos tiempos corresponden nuevas actitudes. Quien opine con sinceridad, sin fanatismo y sin ceguera sectaria, debe acercarse cuanto más posible a la luz de la realidad.

✓ Estamos de todo corazón, con todas nuestras fuerzas, en contra del imperialismo yanqui. Pero situados ante la disyuntiva de pactar en provecho propio, en beneficio del progreso y desarrollo del país, y en ayuda de la defensa continental, con el riesgo de perder el Archipiélago sin gloria ni beneficio, sin contribuir a que se tomen oportu-



nas medidas defensivas contra los imperialistas fascistas de ojos rasgados y contra la invasión de las rubias hordas nacistas, prototipo de la barbarie civilizada e insolente, no podemos vacilar por mucho tiempo.

✓ El día en que Japón lanzare su flota en actitud agresiva contra el Continente, Estados Unidos se apoderaría de nuestras islas con aplauso del resto de América. Si mañana estallare el esperado conflicto en el Pacífico, toda la América vería de buen grado que se utilice las Galápagos para la defensa del Continente, aunque esta defensa signifique también la defensa de las posiciones del imperialismo yanqui. Y entonces quizás ya sea tarde para que exijamos el precio del arriendo o una justa indemnización económica.

✓ No habrá seguramente un solo indoamericano que prefiera ver izada en un mástil del Archipiélago la bandera roja de la cruz gamada o la blanca insignia del sol naciente antes que el pabellón estrellado del gigante norteamericano.

✓ Preferimos al huésped que explota nuestra riqueza, pero que hoy ya guarda las apariencias y observa buenas maneras, antes que a esos salteadores del otro lado del mar que vienen a desalojar al primero por la fuerza, a armar camorra en nuestra casa y a hacer de nuestras tierras campos de combate. Preferimos esta aparente paz de la esclavitud económica, que ya llegará la hora de romper las cadenas y ajustar las cuentas, antes que la guerra del nuevo bárbaro conquistador.

✓ La disyuntiva se nos plantea fatalmente porque no estaríamos en capacidad de oponernos al zarpazo yanqui, en el instante en que un conflicto estalle.

LA OPINION "CONSERVADORA"

✓ La opinión de conservar Galápagos como está, de no negociarlo ni arrendarlo, mucho menos venderlo, es naturalmente una opinión conservadora, y no sólo en el sentido semántico o etimológico de la palabra, sino también en su significado político nacional. Son conservadores los que mantienen el mito romántico, falsamente patriótico, escudado con hipocresía en frases hechas como "la integridad del país", "la soberanía nacional", etc., de que Galápagos no puede negociarse ni arrendarse a otro país. Tal vez sea porque ellos simpatizan profundamente con la expansión del peligro fas-

cista. Pero el caso es que mientras conservadores dicen esto, sus hombres dirigentes, que perennemente han ocupado el Ministerio de Relaciones Exteriores, por un extraño e inexplicable privilegio, por haberse dado la maña de hacer de nuestro litigio de fronteras un problema misterioso que sólo ellos dicen que entienden, ellos mismos son los que han entregado al Perú nuestro Oriente, los que hicieron ceder cándidamente a Colombia los inmensos territorios del Putumayo que después ésta transfirió al Perú.

✓ El Oriente no debió negociarse ni cedérselo jamás, menos regalar un enorme trozo a un vecino desleal para que lo pase al otro vecino, al invasor permanente que pudo así envolvernos en un anillo de acero, porque el Oriente es parte esencial del patrimonio histórico de la nacionalidad ecuatoriana, porque perder gran parte de ese territorio era perder la mitad del Ecuador y porque pudimos y debimos conservar su integridad. Pero Galápagos, territorio insular en trance de perderse sin remedio ni utilidad, por los peligros de la situación bélica mundial, lo adquirimos cuando ya eramos una República y su posesión integral no está ligada a la personalidad histórica del país.

✓ Opinan también contra toda idea de negociar Galápagos, los extremistas del otro lado, los izquierdistas de nuevo cuño, los antimperialistas de última hora, los que sectariamente abrazados de los principios desechan los objetivos dictados de la realidad.

✓ La realidad es siempre verde, y un político realista, un político con sentimientos pero sin sentimentalismos, que sepa ver con claridad más allá de un palmo de sus narices, que no se encuentre obcecado por fórmulas que quisiera aplicar a la política como a las matemáticas, no puede negar que la situación internacional ha cambiado radicalmente, que ella nos plantea nuevas soluciones para los viejos problemas y que es posible sacar algún provecho de la perspectiva actual, sin comprometer inconvenientemente los destinos históricos de nuestra nacionalidad, sin hipotecar nuestra soberanía, sin afectar el honor nacional.

✓ Se dice que ceder Galápagos a los yanquis es cederles el Golfo de Guayaquil y las tierras del Litoral. Pero si los yanquis ya tienen el dominio del Golfo y ya tienen de nuestras riquezas lo que han querido o necesitado tomar. El resto, no ha habido quién quiera tomarlo; si no, lo habrían vendido sin escrúpulos los abogados y los mangoneadores de todos los

gobiernos de la era liberal. Aun más, los yanquis ya tienen prácticamente el dominio de las Galápagos. No puede suponerse que tal potencia que conoce los peligros que el Archipiélago ofrece para el Canal de Panamá se haya descuidado en tomar, desde mucho tiempo atrás, todas las providencias para evitar que otra gran potencia se posesione de la "llave" del Canal y para utilizar esa llave cuando fuese necesario. Escuadrillas navales y aéreas de Estados Unidos han recorrido y recorren el Litoral y el Golfo y los conocen mejor que cualquier ecuatoriano. Un eminente hombre público ecuatoriano me refería en cierta ocasión que hace algunos años, estando de paso en Panamá, tuvo oportunidad de conversar con un alto jefe militar de la Zona del Canal; llevada la charla, intencionalmente por nuestro compatriota, al asunto de Galápagos, el militar yanqui le expresó que Estados Unidos no tenía por ese momento interés en que le cedan o le arrienden el Archipiélago, porque a la hora de un conflicto internacional lo tomarían cuando fuere necesario, y que por lo demás Estados Unidos tenía ya hecho un estudio detallado del Archipiélago, de sus posibilidades estratégicas y de la manera de utilizarlas; y que sabía hasta en dónde debía emplazarse tal o cual cañón y dónde levantarse tal o cual fortificación; que tenía un servicio permanente de geate muy bien entrenada capaz de movilizarse en poquísimas horas a Galápagos e impedir todo intento de cualquier otra potencia de utilizar el Archipiélago como base de operaciones contra el Canal.

Es hoy un postulado indoamericano el de la internacionalización del Canal de Panamá, considerándolo como una vía continental que no debe, por tanto, estar bajo el exclusivo dominio y control de los yanquis. Piden los pueblos sudamericanos que se reconozca su derecho a intervenir en todo lo que se refiere a la suerte del Canal. Lógico sería pedir igual cosa acerca de la "llave" del Canal. En arrendamiento o en lo que fuere, si Estados Unidos levanta sus bases militares en Galápagos, que sea con suficiente beneficio económico para el Ecuador, y que sea con la intervención de los otros países americanos del Pacífico (México, Colombia, Chile, etc.), directamente interesados.

UNA INYECCION DE RIQUEZA PARA GANAR EL RETRASO

Bien sabemos que hay graves problemas que afectan hondamente al porvenir de nuestra Patria, y sin cuya solución no sería posible que el pueblo ecuatoriano entre en una fase de superación definitiva. Mientras no se traspongan las formas semi—feudales hoy predominantes en la economía y en la organización social; mientras la cuestión de la tierra y del indio esclavizados, permanezca intocada e intocable y minúsculos grupos de las camarillas gamonales y oligárquicas dispongan a su antojo de los destinos nacionales y nuestro pueblo continúe sumido en la ignorancia y en la miseria, el Ecuador seguirá siendo un país atrasado y sin importancia.

✓ Pero una millonada de dólares; una inyección de riqueza en maquinarias, en herramientas y útiles de trabajo; una red de buenas vías de comunicación; la curación y el levantamiento de la agricultura; el saneamiento de nuestras poblaciones para la defensa del capital humano; el impuso de las industrias nacionales; el incremento intensivo de la educación; la creación de una marina mercante que haga el cabotaje y el tráfico internacional; la formación de buenos puertos marítimos; el dragado y la destrucción de la barrera que estorba la entrada del río Guayas; la colonización de los vastos territorios orientales y occidentales hoy abandonados y tantas otras obras que podrían verificarse de inmediato, empujarían al Ecuador, de un salto, a ganar un poco del retraso vergonzoso en que se encuentra respecto, por ejemplo, de los dos países vecinos, países que se han endeudado para realizar obras similares, pero que han progresado con ritmo apreciable, aun cuando las cuestiones fundamentales de su economía y de su estructura social no encuentren todavía justa solución. Y es indispensable el desarrollo progresista del país en estos sentidos para que pueda pensarse en pasar a etapas sociales más elevadas.

TARDIO Y RAPIDO ARREGLO DEL LITIGIO FRONTERIZO

Tenemos con el Perú un pleito centenario de fronteras, el único conflicto de límites que turba la paz del Continente. Nos disputa el Perú millares de kilómetros cuadrados en la frontera sur—oriental, y se nos ha llevado en los hechos, con persistente audacia y refinada habilidad, inmensas extensiones de terreno, aprovechándose de nuestra debilidad económica y militar, de la

incapacidad de nuestros gobernantes y diplomáticos, de nuestro absurdo pacifismo y hasta de la traición de nuestras castas dominantes.

“El vecino del Sur” es un país mucho más rico y poderoso. Su diplomacia ha triunfado sobre la nuestra. Nos asusta con sus aviones y sus barcos y con toda su maquinaria bélica inmensamente superior a la nuestra.

El caso es que vive el Ecuador con esta tremenda angustia que significa el peligro permanente de un conflicto bélico con el Perú, y esto amengua más la posibilidad de dedicar los escasos recursos disponibles, al desenvolvimiento progresista del país.

Hay que mirar ante todo el hecho real e indiscutible de que año tras año las tropas peruanas avanzan en territorio ecuatoriano, adueñándose de grandes fajas de nuestro suelo. El mapa ecuatoriano va siendo reducido a su mínima expresión. No han tenido los dirigentes ecuatorianos, ni la habilidad ni el coraje y la decisión suficientes para interesar en este litigio a los otros países de América, para obtener su intervención y procurar una solución pacífica y satisfactoria del conflicto, y les ha sobrado incapacidad, candidez y cobardía para salir siempre burlados y derrotados.

No queremos la guerra y creemos que todo el pueblo ecuatoriano no la quiere, ni queremos dar más ganancias a los fabricantes de armas. Comprendemos lo que una guerra significaría para un país pobre, desarmado y atrasado; comprendemos que la guerra es expresión de recalcitrante barbarie humana. El espectáculo de Europa nos conmueve dolorosamente. Debemos mantener la paz del Continente y la neutralidad absoluta frente al combate de las bandas imperialistas mundiales. Son igualmente irreales las posiciones de los que sueñan intransigentemente con restaurar de modo rápido, por la guerra o por un milagro, la antigua demarcación de Tumbes al Marañón, y la de los que quieren hacer caso omiso de este real peligro para nuestra nacionalidad. Es absurda cierta posición de izquierda que entierra la cabeza en la arena y afirma que no hay peligro porque no quiere verlo o se contenta con gritar que debemos oponernos a la guerra porque la guerra es maniobra de los imperialistas y negocio de los armamentistas.

Digamos que esta política agresiva es obra de las oligarquías peruanas desmedidamente ambiciosas y enfermas con delirio de grandeza imperial. Convengamos en que el pueblo peruano es pueblo hermano, como los otros pueblos de América y en que el pueblo peruano no tiene la culpa de estos

atropellos. Proclamemos que el pueblo peruano es engañado por sus gobernantes y castas dominantes que le dicen que es suyo el suelo que nos pertenece. Señalemos los muchos casos en que los gobiernos peruanos echaron mano del conflicto con el Ecuador para distraer la atención de su pueblo oprimido y para cohonestar sus desesperados ajetreos por conservarse en el poder. Denunciemos que tras de los atropellos de los gobiernos peruanos están las maniobras de los imperialismos disputándose fuentes de riqueza americanas, entrechocando en sus ambiciones, y están las manos ensangrentadas de los fabricantes de armamentos que necesitan fomentar las guerras o los peligros de guerras para realizar grandes negocios. Recojamos las palabras del gran líder aprista Haya de la Torre que ha denunciado que el Perú es una posesión japonesa, una base general de operaciones del imperialismo nipón en América; se afirma que existen quizás 100.000 inmigrantes japoneses en el Perú, militarizados, en estado de tomar armas, por lo que la decisiva influencia del Japón en ese país es un peligro para todo el Continente. Pero no es posible seguir tolerando indefinidamente los atropellos evidentes de otro país, por más hermano que se llame o sea. Esto debe tener algún fin. Que se quede el Perú con lo que ha tomado por la fuerza, pero que no siga avanzando más y más, y que nos deje vivir tranquilos. Al paso que vienen no tardan en llegar a Loja, y a ese paso el Ecuador va a desaparecer, sin que nada puedan explicar nuestros gobernantes ni nuestros diplomáticos. No exijamos más que el reconocimiento de nuestro derecho al condominio amazónico, que queden libres nuestras vías fluviales del Oriente para salir algún día a la gran arteria fluvial del Amazonas, y que se queden donde están.

El territorio es elemento material indispensable para el desarrollo de una nacionalidad. La comunidad ecuatoriana, nacionalidad en proceso de constitución histórica, requiere un territorio estable y cierto para el desarrollo de su vida económica y para la formación de su cultura. Por desgracia, somos tan débiles, hemos perdido tanto tiempo y tanto terreno, sufrimos tal estado de postración económica que no podemos siquiera hacer respetar lo que nos queda. No queremos la guerra; mas, para detener a los invasores armados nos vemos en el caso de enviar a las fronteras hombres armados aunque en condiciones desfavorables y no gentes de buen corazón y sanas intenciones.

✓ Negociar Galápagos sería quizás obtener el medio más rápido de solucionar nuestro conflicto de fronteras. Aquellos

que se oponen a toda idea de negociar el Archipiélago a pretexto de la soberanía nacional, que piensen que por conservarla en un territorio insular deshabitado, inaprovechable en nuestras actuales circunstancias y por lo mismo improductivo, territorio que bien pudo no ser nuestro, que no es parte medular de nuestra heredad histórica, vamos a perder, como ya estamos perdiendo, la soberanía en tierras habitadas por millares de ecuatorianos y cuyo porvenir económico es muchísimo más importante y vital que el Archipiélago.

✓ Introducir jurídicamente a Estados Unidos en Galápagos y hacer que en Galápagos se interesen otros países del Pacífico americano sería atraer hacia nosotros la influencia de países poderosos en el Continente, para lograr un arreglo decoroso y pacífico que termine de una vez con esta desgraciada situación. La intervención de Estados Unidos en el arreglo de nuestro pleito de fronteras con el Perú, país que está empujado por el imperialismo nipón, podría ser una condición indispensable para la negociación de Galápagos.

NO HAY TIEMPO QUE PERDER

✓ La dificultad estriba en saber si un gobierno como el actual, que parece como que durará 4 años, desafiando la conmoción política permanente, que ha sido la característica de la vida nacional en los últimos tiempos, pero que no tiene origen ni respaldo realmente democráticos, estaría en capacidad de hacer esta negociación defendiendo consecuentemente los intereses de la nacionalidad y aplicando siquiera parte del beneficio en provecho directo de las masas populares. Habría que saber si llegado el momento, el gobierno actual tendría el suficiente valor para buscar un respaldo en la opinión mayoritaria del pueblo y para desligarse de los elementos reaccionarios y pro-fascistas que no representan el sentir de la colectividad. Sólo un gobierno íntimamente ligado al pueblo podría realizar digna y eficientemente esta peligrosa labor.

✓ Si se juzga que el Ecuador debe negociar en cesión o arrendamiento una o más de sus islas para bases militares de Estados Unidos, debe hacerse la gestión inmediatamente, sin perder más tiempo que el necesario para consultar a los sectores representativos de la opinión verdaderamente popular. Que hablen los hombres prominentes, pero que hablen también los sindicatos obreros y las organizaciones de empleados, los jóvenes estudiantes, los sectores campesinos, el pueblo en

general, ese pueblo que tiene una intuición maravillosa de lo que le conviene, porque siente en carne viva la miseria, el atraso y la debilidad del país. Que no se guarde el secreto, que no se hagan las cosas de improviso y que se conozcan de antemano las bases de la negociación. El pueblo tiene derecho a conocer y resolver de sus caros intereses y destinos y tiene derecho a intervenir directamente en el manejo de lo que nos produjera tal negociación.

✓ Negociemos sobre Galápagos porque hoy el Archipiélago no nos sirve casi para nada, porque como riqueza es sólo una reserva para el futuro, porque no tenemos siquiera un mal barco para vigilarlo, porque las utilidades que nos produce son ridículamente irrisorias. Pero negociemos nuestras islas para salvar la vida y el porvenir de tres millones de hombres mestizos e indios que viven, mejor dicho, que vegetan en el territorio continental, en una existencia miserable y atrasada que es tal vez peor que la muerte. No se trata de entregarnos amarrados a mal precio para servir los intereses del imperialismo yanqui y a pretexto de cooperar a la defensa del Continente. Se trata de negociar al mejor precio, conservando nuestro honor y asegurando nuestro porvenir, antes que perder, sin más que una protesta estéril, esta posición de raro y excepcional valor.

¿Seríamos capaces de hacer en corto tiempo, en meses quizás, porque así lo exige la vertiginosidad de los acontecimientos internacionales, lo que no hemos podido iniciar en 100 años? Nadie diría que sí. Entonces, si no sacamos hoy el mejor provecho de esta riqueza inexplorada, no nos queda sino esperar que una gran potencia, a despecho de todas las engañosas del Derecho Internacional, tome tranquilamente, cuando su necesidad lo obligue, posesión de las islas, y quizás sin reconocernos el derecho de propiedad que hoy nadie nos discute.

Por lo demás, el futuro destino de nuestros países semi-feudales de Sud América, semi-colonias del imperialismo yanqui, está indiscutiblemente ligado al porvenir histórico del gran pueblo de Estados Unidos. Así lo determinan razones geográficas, históricas y económicas. La ruptura definitiva de las cadenas esclavistas del imperialismo yanqui no será posible sino en conexión con la lucha emancipadora del pueblo norteamericano contra sus propios opresores. Una nueva civilización, pujante y deslumbradora, ha surgido en poco más de un siglo, en la zona septentrional del nuevo mundo de Colón. Con igual celeridad ha de surgir allí, en este siglo del

socialismo, un movimiento revolucionario de alcances no imaginados todavía, que conducirá a superiores formas de vida económica y social. Sólo cuando esto ocurra, la independencia de los pueblos del Sur será efectivamente respetada y podremos creer en la cooperación leal y desinteresada que preconiza el panamericanismo.

✓ Mientras tanto, negociemos con los yanquis para recobrar el desastroso retraso de nuestro desarrollo histórico.
